

MANIFIESTO XXVIII SANTO ROSARIO UNIVERSAL

El mes de mayo irrumpe como una proclamación de vida. Es el mes de las flores, el mes en que la creación despierta y se alza tras la dureza del invierno. Es, sobre todo, el mes de la Santísima Virgen María. El mes en que los días se alargan, la luz vence a la sombra y los lirios florecen como signo de esperanza.

Mayo es profundamente mariano. En él celebramos advocaciones que han marcado la Cristiandad: Nuestra Señora de Fátima, María Auxiliadora, y tantas otras que laten en el corazón de cada nación. No son fechas vacías: son memoria viva de una presencia que guía, protege y sostiene.

Porque la Virgen es luz. Luz en medio de la confusión, refugio en la intemperie, ternura firme en tiempos de incertidumbre. Es la más bella, no por apariencia, sino por pureza y entrega. Es la que no abandona, la que permanece cuando todo parece derrumbarse.

Después del invierno, llega la primavera. Después de la lluvia, irrumpe el sol. Y en ese paso, en ese tránsito de la oscuridad a la claridad, está María: señalando el camino, sosteniendo la esperanza, recordándonos que ninguna noche es eterna.

Hoy, más que nunca, estamos llamados a levantarnos. A no ceder ante el cansancio ni ante el ruido del mundo. Somos hijos de la Virgen. Somos pueblo en camino, unidos más allá de lenguas, culturas y fronteras.

El Rosario no es repetición vacía: es fuerza. Es combate espiritual. Es la cadena que nos une y el arma que nos sostiene. En cada cuenta, una oración; en cada oración, una victoria silenciosa.

Sigamos adelante. Sin miedo. Sin titubeos. Con la certeza de que no caminamos solos.

¡Ni un paso atrás!

¡Viva Cristo Rey!

¡Viva la santísima Virgen!